1. INICIO DEL VIAJE POR EL REINO DE FUERA

Abre los ojos. Una luz cegadora le obliga a cerrarlos. Vuelve a abrirlos, esta vez con cautela. Poco a poco se va acostumbrando al torrente de luz y comienza a distinguir los matices del blanco: la pared encalada, las cortinas, las sábanas, su pijama hecho también de luz restallante.

Se encuentra en la habitación del hospital y, a juzgar por los escasos niños que duermen en sus literas, a una avanzada hora de la mañana.

Se incorpora y deja caer los pies, que quedan colgando a metro y medio del suelo. Siente los ojos pesados, como si tuviera un pedacito de plomo pegado a cada uno de los párpados. Si los entorna es sencillo imaginarse sentada en su propia nube, flotando en un océano blanco, envuelta por un tibio éter inundado de luz y de partículas de polvo.

¿Qué día es? Poco importa; no tiene que preocuparse de buscar comida. Todos los días le sirven tres raciones, sea martes, jueves o domingo. Lleva ya tres semanas ahí y, no obstante, la certeza de que ese día tendrá asegurado el sustento la embarga a los pocos segundos de despertar. Es una sensación demasiado deliciosa como para haberse acostumbrado ya a ella.

Aún ahora, cada vez que le ponen el plato delante, lanza las manos de forma instintiva para cogerlo, temiendo que alguien se lo arrebate, que el propio camarero se arrepienta en el último momento de su buena acción.

En la calle las cosas eran diferentes: no siempre era posible llevarse algo a la boca, y los domingos las dificultades crecían, porque los domingos, salvo excepciones, no abren los supermercados y, por tanto, no es posible entrar y atiborrarse.

Duerme en una de las salas más grandes, con capacidad para cuarenta literas, veinte a cada lado de un pasillo central por el que van y vienen las enfermeras. A esa hora de la mañana, la luz que entra a borbotones por los ventanales ensancha la espaciosa estancia.

A unos centímetros de su almohada, atornillada a la pared, está su taquilla. Dentro, la ropa que le entregaron al ingresar en sustitución de su antigua indumentaria.

Se cambia en un santiamén, hace la cama en otro, pega el salto de la muerte y aterriza lo más suavemente que puede sobre la baldosa, y una vez más no consigue evitar salir trastabillada. "Salto poderoso, aterrizaje elegante", es la consigna. En esa atmósfera evanescente, siente que le crecen alas y, durante las décimas de segundo que dura su vuelo, cree –erróneamente- que esta vez sí será capaz de tomar tierra sin aspavientos.

—Buenos días, perezosa, ¿qué tal has dormido?

La enfermera Mirta habla despacio y se mueve deprisa; ha empezado a formular la frase justo antes de llegar a su litera y al terminarla está casi

al final del pasillo. Antes de que pueda incorporarse y contestarle, la ha perdido de vista.

Le gusta estar ahí, lo cual no debe de ser muy lógico, teniendo en cuenta que los hospitales no son sitios donde las personas se sientan a gusto. ¿Significa eso que ella es distinta al resto? Más bien le parece que lo que se sale de la norma es ese lugar.

De entrada, ¿qué se debe pensar de un hospital que no huele a hospital, donde las enfermeras y los médicos no llevan bata y no les gusta que les llamen enfermeras o médicos? Tampoco hay salas de operaciones, ni camillas, ni instrumentos para medir la tensión o el pulso, ni siquiera una simple venda o tirita, y fuera del aurómetro no ha visto ni uno solo de los aparatosos artefactos que ocupan los rincones de cualquier hospital del mundo.

Una vez que se animó a preguntar, el doctor le contestó con un lacónico: "Vosotros no necesitáis nada de eso".

Al parecer, en ese hospital tan peculiar tampoco abundan las explicaciones.

Al entrar en el comedor la envuelve el olor a chocolate. Coge una taza y un puñado de galletas y se sienta en una de las mesas vacías. Hay seis niños desayunando; el resto estará en las salas de juego, o habrá bajado ya a los patios. Pasea la mirada por las paredes: están decoradas con dibujos hechos por ellos mismos. En realidad, salvo los dormitorios, que son blancos, el color es dueño absoluto del edificio.

Bien pensado, a ese sitio no hay ningún motivo para llamarlo hospital si no es por una circunstancia determinante: todos los niños que están ahí dentro, lo están porque están enfermos.

Pero tampoco ellos son unos enfermos corrientes. No tienen heridas, ni dolencias graves, y jamás toman medicina alguna; no andan, pues, tristes ni cabizbajos. De hecho, se pasan el día jugando, pintando, dando patadas al balón. ¿Qué más se puede pedir?

Una sola cosa envidia de los hospitales normales: las visitas.

Porque a ellos nunca va a verles nadie, y la razón por la que no van a verles sus padres, familiares o amigos es, sencillamente, que casi nadie ahí dentro tiene padres, familiares o amigos.

Y según ha podido deducir de las conversaciones con los otros niños -aunque la información es incompleta y, a menudo, contradictoria- su dolencia, que es la misma de todos, tiene mucho que ver con este hecho.

Termina el chocolate, recoge las migas y deposita la taza sobre una gran pila de tazas sucias. Al salir se cruza con una doctora, que la mira sorprendida.

—Rosaura, ¿tú no tenías análisis?

¡Es cierto, lo ha olvidado por completo! Sale disparada escaleras arriba, pero las palabras de la mujer suben aún más deprisa y le dan alcance: "¡Corre, deben de estar terminando!"

La auri..., la auro..., la nosequemetría tiene un nombre complicado y difícil de recordar, pero, en realidad, es una prueba sencilla que sólo requiere unos minutos. Cada noche, antes de acostarse, las enfermeras leen en voz alta los nombres de los niños que entrarán al día siguiente en la caja negra. Anoche la nombraron a ella.

La primera semana se hizo la foto todos los días; después, las visitas han comenzado a espaciarse, y eso sólo puede significar una cosa: está mejorando.

Llega al mostrador. En las manos del enfermero hay una hoja llena de nombres: todos están tachados. Todos, salvo uno.

—Hola, preciosa, eres la última. ¿Qué pasó, te dormiste?

—Me olvidé.

—Pasa, ya sabes dónde colocarte.

Es un cuartito con dos puertas: una a un lado, que da a la cabina, y otra al frente. La abre, entra y vuelve a cerrarla.

Está en una habitación cuadrada, vacía, pintada de negro, a la que llaman *la caja negra*. Las resonancias claustrofóbicas del nombre están justificadas. Un sólo detalle traiciona su extrema sobriedad: dos huellas blancas dibujadas en el suelo, en el centro del cubo. Avanza hasta ellas, gira en redondo y coloca un pie en cada una. Después mira al frente. Aparentemente, la pared por la que ha entrado es igual de anodina que las demás, pero sabe que detrás de la gran lámina de cristal negro se encuentra la persona que maneja el aurómetro. Para un observador experimentado como ella, también es posible distinguir un objeto oscuro que sobresale de la pared, algo parecido al objetivo de una cámara.

—Levanta los brazos.

La voz proviene de un punto indeterminado de la sala.

Alza los brazos hasta colocarlos en cruz. Sabe lo que va a pasar a continuación. Puff, las luces se apagan de golpe. Esa oscuridad súbita e impenetrable, el silencio que la subraya, provocan que, de repente, uno sea demasiado consciente de sí mismo. Siente un leve escalofrío. La primera vez no pudo evitar un pensamiento inquietante: la luz no volvería a encenderse. La primera vez perdió el equilibrio.

—No te muevas —advierte la voz esta vez.

Si se mueve, su aura se moverá con ella y la foto no valdrá para nada.

Unos días antes, el doctor le enseñó varias de esas fotos, donde se veía una silueta rodeada por una especie de halo luminoso.

—¿Esa soy yo? —preguntó.

—Sí.

—Y esto, ¿qué es? —dijo, poniendo el dedo sobre el halo.

—Eso es tu cuerpo etérico, tu energía.

Estaba claro que los médicos se habían confabulado para que no se enteraran de nada.

—Mira —le dijo—, ¿ves estas dos imágenes?

Rosaura reparó en que en una su halo era fino y con muchas zonas oscuras, y en la otra era grueso y brillante.

—La primera te la hice nada más llegar, y esta otra es de hoy mismo. ¿Sabes qué significa esto?

No tenía ni idea. ¿Cómo esperaba que lo supiese?

—Significa que estás mucho mejor.

Esa información, lejos de animarla, le despertó una desazón que todavía le dura, porque, cuando una persona enferma sana, ¿no tiene que abandonar el hospital?

Las luces se encienden con la misma brusquedad con que se han apagado.

—Ya hemos terminado, cariño; que pases un buen día.

Por supuesto que piensa pasarlo. Lo primero que va a hacer es encontrar a sus amigos y proponerles una incursión a Fuera. De todos los juegos que conoce, no hay ninguno más excitante que escapar del hospital (un día, jugando al escondite, averiguó casualmente por dónde hacerlo). Y no es que fuera del hospital haya nada digno de mención; lo interesante del asunto es el hecho de salir afuera. Fuera es un lugar completamente diferente, otro mundo, y de la misma manera que uno puede ir a Alemania o a China, ellos van al reino de Fuera. Lo maravilloso de estar en Fuera es saber que existe un lugar llamado Dentro. En el reino de Dentro les aguarda una cama, comida gratis y personas que les tratan bien. Por eso les fascina salir: durante un rato, aunque sea breve, llegan a sentirse niños como los demás.

El enfermero del mostrador se ha ido. Bien, el larguísimo pasillo es todo para ella. Obedece al impulso de echar a correr, pero, al poco de iniciar la carrera, nota que el cordón del zapato rebota contra el bajo del pantalón, y se detiene para anudarlo.

Mientras lo hace, una conversación se cuela por la puerta entornada del despacho junto al que se acaba de detener.

—...mira, Mauro, yo ya empiezo a estar un poco harto...

Es una voz adulta y exasperada la que surge del otro lado de la puerta.

—¿Y Pablo qué dice?

—Que es lo que hay, que de momento no podemos hacer otra cosa y que hay que aguantarse.

—¿Y qué pasa con las adopciones? ¿Te ha dicho algo sobre eso?

—Naa..., se están cursando peticiones, pero va muy lento.

—Pues aquí no paran de entrar criaturas. Por cada niño que sale, entran cinco; es como un desagüe atascado. Y si fuéramos nosotros nada más..., sólo en este distrito hay tres centros más igual de saturados.

—Hablando de saturados, rellena cuanto antes todos estos informes o los de contabilidad se van a enfadar.

—Uf, lo odio. ¿Por qué no lo hacen ellos? ¿Te ha dicho Pablo si piensan unir los pabello...?

—No, dice que los ancianos están bien donde están y los niños también.

—¿Por qué?

—Causas operativas. Qué quieres que te diga, tiene razón, los abuelos precisan otros cuidados.

Rosaura sigue agachada, con los dedos sujetando los cordones ya anudados.

—¿Y qué vamos a hacer con estos críos?

—Si nadie ahí fuera les da lo que necesitan, tendrán que seguir aquí. ¿Has visto las aurimetrías? Es una gozada ver cómo mejoran.

—Pero, ¡eso es imposible!, ¡no pueden estar aquí siempre!

—Lo sé.

—Ni pueden salir: ahí fuera, como dices tú, no hay alternativa. Para ellos esto no es un hospital; es una cárcel.

—Cierto.

—¿Has leído los últimos datos? El número de muertos no baja. Más de tres mil en una semana, de todas las edades, niños y viejos sobre todo. Eso sólo aquí, y, viendo cómo están otros países, tenemos que dar las gracias. ¿Te puedes creer que todavía hay gente que piensa que la enfermedad es contagiosa?

—Me lo puedo creer.

—¡Qué horrible morir porque a nadie le importas!

La acomete una punzada. ¿Qué ha querido decir con eso? "Morir porque a nadie le importas". ¿Es que acaso puede alguien morirse por eso? La gente se muere de hambre, o de sed, o por un cáncer, o un accidente de coche, por una maldita caída, o simplemente porque ya son demasiado mayores y no tienen fuerza para seguir en pie. Pero, ¿qué clase de enfermedad es "porque a nadie le importas"? ¿Por eso ese médico le ha dicho que ellos no necesitan ninguno de los aparatos de los otros hospitales?

—Creo que no deberíamos admitir más niños.

—Pablo no opina lo mismo.

—¿Te digo lo que pienso?: que Pablo tendrá un gran corazón, pero de gestionar hospitales no tiene ni idea.

—Bueno, del anterior director decías que ni sabía gestionar un hospital ni tenía buen corazón. Algo hemos avanzado.

—¿Y los frascos? ¿Se sabe algo de la partida que iba a llegar?

—Pues llegarán cuando tengan que llegar. Y cuando lleguen, ¿qué?, ¿vamos a llamar a un niño y decirle: mira, hijo, hemos llenado este frasco de bonitos sentimientos hacia ti, ve tranquilo por el mundo y, cuando empieces a sentirte mal, lo abres y arreglado; eso sí, no vuelvas a ponerte malo, porque se acabó la medicina?

Los frascos. Aunque de una manera imprecisa, ha oído hablar de ellos. Al parecer, están hechos de un material especial y pueden guardar dentro pensamientos; al menos, eso dicen esos grandes anuncios que están por todas partes. Los había visto, y le parecía que iban dirigidos a otras personas, que formaban parte de un mundo que no tenía que ver con el suyo, pero ahora, detrás de esa puerta, están hablando de ellos...

—¿Vas a hacer algo esta noche?

—Tengo otra guardia.

—Oye, si me ayudas con este montón de informes, te hago yo esa guardia.

Se pone de pie y echa a andar. De pronto, se le han pasado las ganas de correr.

La conversación le ha dejado un poso de inquietud. Si lo que acaba de oír es cierto, significa que durante tres semanas ha vivido en una burbuja de seguridad, abrazada a una esperanza tan deseable como falsa.

Cuando se lo cuenta a los chicos, ninguno se muestra muy sorprendido. Unos porque ya saben, y otros porque la nueva información, o no les afecta demasiado, o, si lo hace, prefieren disimularlo.

Que alguien compartiera su desconcierto habría sido, al menos, un consuelo. Pero no, está sola. Sola con sus tribulaciones. Hasta que Emma, al percibir su aire ausente, se acerca para animarla.

—Lo que importa es que no estamos en la calle, ¿no? ¿Qué es lo que te preocupa? Nos dan de comer y nos tratan bien. ¿Dónde vamos a estar mejor que aquí?

En eso tiene razón. Ese es el mejor sitio en el que pueden estar. Sin embargo, no puede evitar recordar una y otra vez las inquietantes palabras: "Para ellos esto no es un hospital, sino una cárcel."

Vivir en una cárcel, por agradable que sea...

No, tal vez Emma no esté tan en lo cierto: ese no es el mejor sitio en el que pueden vivir; más bien, es el *único* sitio en el que pueden vivir.

De noche, nada más acostarse en su litera, escucha la voz del Bermeano.

El Bermeano —ignora por qué le llaman así— es un cantor nocturno, una especie de vagabundo que recorre con su perro las calles de la ciudad cantando en un idioma que no ha oído antes. Cada noche pasa junto a su ventana. Como el fanal de un barco que empieza a insinuarse

en la niebla, su voz surge de la nada, y va acercándose sin prisa a su ventana, para luego perderse con sus notas tranquilizadoras en la noche profunda. Dos minutos escasos que ejercen sobre ella el efecto terapéutico de una nana. El mundo sigue ahí; todo está en orden.

Pero esa noche su mundo no está en orden: después de que el Bermeano pasa de largo, ella se agita en la cama.

Se siente amputada. Tiene dos brazos, una cabeza, un cuerpo elástico y escurridizo, dos ágiles y fuertes piernas capaces de saltar y correr deprisa sin cansarse, pero dentro de ella, en algún lugar desconocido, hay un vacío.

¿Cuántas personas viven en el mundo? Ha oído que cientos de millones, tal vez miles, una cifra que abruma. El reino de Fuera está increíblemente poblado. Tiene una revelación: una persona es suficiente; el resto puede darle la espalda. Sólo tiene que salir afuera y encontrarla, y entonces estará salvada, aunque ello signifique enfrentarse de nuevo a la progresiva debilidad y a la *muerte dulce*.

Una persona. Un simple acierto entre miles de millones de posibilidades y cambiará su destino. No es mucho pedir.

Eso, o seguir viviendo en una cárcel.

Antes de que pueda hacerse objeciones, se encuentra a sí misma al pie de su litera, vestida de calle y con la mochila colgando del brazo. ¡Hasta lleva puesto el abrigo!

Sabe adónde dirigirse.

Atraviesa la sala, escoltada por las miradas sorprendidas de los niños que aún no se han dormido. Al llegar al pasillo, gira a la derecha y baja los dos tramos de escalera que comunican con la planta baja. Avanza entonces de puntillas, con la mochila a la espalda, y deja atrás el comedor y las cocinas. De haber alguien en una de estas estancias, la estará viendo fugazmente a contraluz avanzando con la ingrávida cautela de un astronauta. Llega hasta la puerta que comunica con uno de los patios. Gira el tirador y, lo que se temía, está cerrada.

Sus ojos se posan en la ventana más próxima. Se pone de puntillas y forcejea con el pasador hasta conseguir levantarlo. Acto seguido, tira de la hoja batiente hacia arriba. Va a tener que echar mano de toda su agilidad para pasar por ese hueco.

Cuando se dispone a brincar, oye algo. Mira hacia el fondo del pasillo. El ruido parece venir del piso de arriba. Aguarda un momento, intentando oírlo mejor. Son pisadas: alguien está bajando las escaleras.

No hay tiempo que perder: pega un salto, apoya el cuerpo en el marco de la ventana y pasa las dos piernas al otro lado. Ahora sólo le queda recuperar la mochila, que ha quedado colgada del pasador. Tira

de ella tratando de liberarla, sin éxito. Quienquiera que sea el dueño de las pisadas debe de estar ya muy cerca. Da un segundo tirón, pero lo hace con tanta fuerza que la mochila, al liberarse, se le va de las manos y cae al suelo.

Todo está oscuro. Le parece ver el bulto en mitad del pasillo, sólo que al lado del bulto hay algo más: una figura. La figura le está mirando.

—Sabía que tramabas algo.

El miedo le impide reconocer la voz.

—¿Te ibas a ir sin despedirte?

—¡Emma! ¡Me has dado un susto de muerte!

En la penumbra clandestina, la frase suena como un grito, aunque no pase de un susurro.

—Te lo mereces.

Su amiga intenta parecer enfadada sin conseguirlo. De repente, su cabeza alumbra una idea maravillosa y su corazón da un vuelco.

—¡Vienes conmigo!

Antes de escuchar la respuesta, ve la respuesta: Emma está descalza, en pijama.

—Lo siento, Rosaura.

—Yo también lo siento.

Durante unos segundos ninguna de las dos dice nada, hasta que Emma rompe el silencio.

—No entiendo por qué lo haces; no sé qué quieres encontrar fuera.

—Quiero encontrar a una persona.

—¿A quién?

—A una —dice, mientras se encoge de hombros. Le da vergüenza contestarle: "Una que se interese por mí". En esas circunstancias y así como está, encaramada a una ventana y en una postura un tanto forzada, esa razón iba a sonar ridícula. Además, con el susto, la convicción que con tanta fuerza la ha asaltado en la cama se ha desinflado un poco; en ese momento, incluso a ella la fuga empieza a parecerle un tanto precipitada.

—Toma —dice Emma. Ha estirado el brazo para alcanzarle la mochila—. Vete de una vez o te van a pillar.

—Gracias.

—Suerte.

Mira por última vez el contorno de su amiga, imagina su revestimiento de luz invisible y envidia su aura, sana y a buen recaudo. No hay mucho más que decirse.

Cruza los patios a la carrera. En la noche sin luna, los muros oscuros de los pabellones se alzan con una contundencia amenazadora. Aquí y allá, ventanas iluminadas proyectan cuadrados de luz en los altos paredones.

Al final del tercer patio hay una tapia de ladrillos. La conoce tan bien que sería capaz de dibujarla con todo detalle. Trepa por ella, salta al otro lado.

Es un callejón. Avanza tanteando las paredes hasta tocar una verja metálica. La sujeta por la esquina más cercana al suelo y tira de ella. La malla se comba como la lengüeta de una lata de conservas y deja una abertura por la que Rosaura desliza primero su mochila y después el cuerpo. Luego la coloca en su posición original, de forma que sea imposible percibir el corte a simple vista, y sigue caminando por el pasaje hasta desembocar en la acera.

Mira entonces a un lado y a otro: ciertamente, la calle vacía e iluminada por la luz mustia de unos pocos faroles demasiado separados entre sí, no despierta el espíritu aventurero.

En las escapadas en grupo nunca se han alejado mucho del hospital. Lo suficiente para sentir la excitación de la deserción efímera. Esto es distinto: un salto al vacío.

Una larga culebra de aire repta por el pasaje en sombras y se enrosca por detrás a sus tobillos con la frialdad disuasoria de una argolla. Siente que le sujeta la voluntad.

La pregunta es: ¿hacia dónde?

No hay respuesta para esa pregunta. La idea de fugarse ha sido tan impulsiva que ni siquiera se ha planteado un destino. Y sin tener claro el destino, ¿cómo demonios va a saber el camino que tiene que seguir? Pasado un rato, delega la decisión en sus piernas, y estas, sin pensarlo dos veces, optan por la vía más cómoda y avanzan con resolución pendiente abajo.

De esta manera, sin plan previo ni rumbo fijo, cargada con sus escasas pertenencias y sus muchas incertidumbres, guiándose solamente por la intuición o la mera conveniencia, se interna definitivamente en Fuera.

¿Cuánto tiempo ha pasado?

Ha recorrido de un extremo a otro calles que suben y calles que bajan, calles flanqueadas por desnudas paredes de ladrillo y calles cuyos muros están tan cubiertos de vegetación que sus ventanas semejan ojillos curiosos que observan impasibles su desorientación.

A estas alturas, todas se le antojan iguales: lóbregas y estrechas, de un amarillo sucio que parece sacado de un sueño triste.

De vez en cuando, el laberinto de calles la arroja a alguna plaza solitaria. Sin muros que la protejan, su sombra se acentúa desvalida.

Por fin le parece oír un sonido familiar. Escucha con atención. ¡Sí, reconoce esas notas!, el ritmo pausado y sereno, la inconfundible cadencia del cantor nocturno.

Vuelve sobre sus pasos. La voz ha surgido de algún lugar cercano, a sus espaldas. Pasa de nuevo bajo el arco de piedra y gira a la izquierda.

Por ahí va bien. La canción del Bermeano llega ahora nítida a sus oídos, y cada una de esas palabras incomprensibles encierra la promesa de tiempos mejores.

En la primera bifurcación se detiene. A la izquierda otra vez, no hay duda. Aprieta el paso. Está cerca, muy cerca; casi puede oír las pisadas del perro. Dobla la esquina y, entonces, le parece que lo pierde, pero no, el sonido regresa a ella a lomos de un golpe de brisa.

Echa a correr. Unos metros más y lo alcanzará. Por un momento siente que le basta con alargar la mano y cerrarla, y la felicidad tantas veces esquiva será suya de una vez por todas.

Pero al llegar a la esquina, se topa con la muralla. Un paredón de piedra de varios metros de altura.

El Bermeano se encuentra a sólo unos metros... al otro lado del muro. Palidece. Rompe a correr siguiendo el perímetro de la muralla en busca de una puerta que le permita pasar al otro lado. En su camino se interpone la mole maciza de una mansión anexa al muro; la rodea sólo para encontrarse un nuevo edificio.

Después de varios minutos, da con una puerta.

La atraviesa y desanda el recorrido sin despegarse del muro. Cuando está segura de haber sobrepasado de largo el punto en el que ha escuchado por última vez al Bermeano, se detiene.

Jadea.

Mira al suelo. Sus zapatos son dos pequeñas islas en medio de un charco. Nota los calcetines húmedos.

Cruza a la otra acera y se pierde en un nuevo laberinto de calles. Camina entre hileras de escaparates oscuros, cuando la sacude una profunda certeza: sólo ha estado persiguiendo una ilusión. No va a volver a oír la voz del Bermeano. Ni en ese momento ni nunca.

Se sienta en el suelo con la espalda pegada a la pared y apoya la frente en sus rodillas. No hay ningún motivo para seguir andando.

Pasado un rato, abre los ojos. Qué extraño: por el escaparate situado frente a ella el agua se desliza a raudales. Parpadea dos veces y el agua se desplaza hacia los bordes. ¡Tonta, son sus propias lágrimas! Parpadea varias veces más y el cristal queda completamente limpio.

Ahora distingue lo que hay dentro: una anárquica exhibición de volúmenes de todos los tamaños y colores, iluminados con desgana por tres pequeños focos. Ni en toda su vida tendría tiempo para leer lo que hay frente a sus ojos. En mitad del batiburrillo se alza una gran pirámide de ejemplares, el mismo libro repetido una y otra y otra vez. Será el libro que más pide la gente. ¿Qué es lo que contarán esas páginas que interesan a tantas personas?

Observa la cara del hombre de la portada.

Acostumbrada a juzgar a la gente por su aspecto, —rara vez tiene la posibilidad de hacerlo por otras razones —para ella hay tres tipos de caras: las que nada más verlas despiertan su simpatía, las que le provocan rechazo y, las más frecuentes, aquellas que sólo le transmiten aburrimiento. La cara de la portada pertenece a la primera categoría. Redonda, surcada por ojeras y arrugas, con dos incisivos ojos constreñidos por las severas troneras de dos párpados caídos, diminutos mejillones ocultos tras unas aparatosas gafas, y una hermosa frente coronada por una mata de pelo blanquísimo, casi luminoso. A pesar de estar serio, es un rostro amable que suscita de inmediato su adhesión.

Parece la cara de alguien que pasa todo su tiempo trabajando, e imagina que es la persona que ha escrito el libro.

Su nombre: DOCTOR ÓSKAR BOGUSKY.

Y el título: LA ENFERMEDAD DEL NO PENSADO. HISTORIA DE UN DIAGNÓSTICO. Crónica del gran hallazgo científico del siglo XXI.

Nada más terminar de leer la última letra, vuelve a empezar por la primera: LA ENFERMEDAD DEL NO PENSADO. HISTORIA DE UN DIAGNÓSTICO. Crónica del gran hallazgo científico del siglo XXI.

Y una tercera vez: LA ENFERMEDAD DEL NO PENSADO. HISTORIA DE UN DIAGNÓSTICO. Crónica del gran hallazgo científico del siglo XXI.

Ha oído ese nombre en el hospital: *la enfermedad del no pensado*. ¿No es así como se llama su enfermedad? Y ese tal doctor Bogusky, ¿es el hombre que la ha descubierto? Si así es, esa persona debe conocer la respuesta a muchas de sus preguntas.

Sí. Esas palabras son reales y no producto de su imaginación o su deseo. Ahora está segura: alguien ha levantado esa pirámide con un único objetivo: que ella se fije en ese libro.

Se levanta.

Ha salido del hospital sin rumbo ni destino. Ahora ya tiene destino, y el rumbo..., bueno, el rumbo no tiene por qué ser un problema.

—¿Dónde vive Óskar Bogusky?

El hombre tarda unos segundos en reaccionar.

—¿Cómo dices?

—¿Dónde vive Óskar Bogusky?

—¿No deberías estar en tu casa?

—¿Sabe usted dónde vive o no?

—¿Te refieres al doctor Bogusky, el de la enfermedad...?

—Ese.

—¿Por qué quieres saber dónde vive?

—Quiero hablar con él.

En el rostro saturnal de su interlocutor asoma algo parecido a una sonrisa.

—Pero, hija, el doctor Bogusky vive en Lasislave.

—¿Por dónde se va? —pregunta Rosaura, mirando a ambos lados de la calle.

—Lasislave es una ciudad y está un poco lejos para ir andando. Es mejor ir en coche. O en tren.

—Ya, ¿y dónde está la estación?

—Pues por allí, a unas seis manzanas, todo recto. ¿Te has perdido? ¿Dónde están tus pa...?

Antes de que pueda terminar su frase, la niña ha salido disparada.

La sobria fachada rectangular de ladrillo oscuro está dividida verticalmente en tres partes. Tiene unas pocas ventanas y un voladizo exterior con unas letras grandes que dicen: ESTACIÓN TERMINI. Adosada al edificio principal se levanta una torre de altura desproporcionada.

En conjunto, la fachada de la estación de tren semeja un puño cerrado con el dedo índice admonitoriamente levantado. En la parte más alta del dedo, un reloj luminoso hace las veces de uña. La uña marca las doce menos cuarto. Le asalta una duda: ¿es una hora apropiada para que una niña de su edad ande sola? Tendrá que ir con cuidado si no quiere llamar la atención.

Ya ha estado allí. Esa estación fue su puerta de entrada a la ciudad hace poco más de tres semanas. Guarda un recuerdo difuso del vestíbulo; entonces ya se encontraba enferma y bastante débil (sólo dos días después se dejaría vencer por el sueño dulce y habría muerto, de no haber sido porque alguien la había recogido y llevado al hospital)

A pesar de la hora, la estación está bastante concurrida. Se dirige a las taquillas. Por supuesto, no tiene posibilidad de sacar un billete, —para eso hace falta algo que ella no tiene—; se da la circunstancia de que justo encima de éstas se encuentra el panel informativo.

Cuatro trenes diarios cubren el trayecto hasta Lasislave: uno a las 9:00, otro a las 13:00, un tercero a las 19:30, y el cuarto a las 24:00 por la vía 3.

Es un auténtico golpe de suerte haber llegado diez minutos antes de la salida del último tren. Un poco después y tendría que esperar un montón de horas, con el agravante de tener que encontrar un sitio en el que pasar la noche.

En la vía 3 no hay mucho movimiento, sólo unos pocos viajeros despidiéndose. El tren es espectacular, completamente plateado y con una larguísima línea azul recorriéndolo de extremo a extremo. De día, a la luz del sol, brillará por todos los costados como una tostadora de cinc.

Sube al primer vagón y va pasando de uno a otro hasta llegar a la zona central, donde elige dos butacas libres en la parte menos bulliciosa. Los asientos son cómodos y parecen nuevos. Todo está bañado por un suave fulgor blanco, que invita al sueño. Pero ella no puede permitirse ese lujo, al menos de momento.

Los dos asientos de su derecha, al otro lado del pasillo, también están vacíos. Un poco más adelante, se sienta una mujer sola, y más allá, un grupo variopinto y ruidoso.

Una leve sacudida la saca de sus cavilaciones. El tren acaba de ponerse en marcha.

No ha pasado media hora cuando lo ve venir. Es fácil reconocerlo a distancia, con su traje azul y la gorra azul con el escudo dorado. Desliza su mochila bajo el asiento y se dirige al baño en la parte trasera del vagón.

Un momento, lleva media vida colándose en trenes y viajando por la cara: ¿qué ha sucedido otras veces en las que se ha visto en la misma situación? No lo tiene claro. Desde que ha despertado en el hospital, su pasado es como una película que alterna episodios borrosos y nítidos. A la mayoría de los niños del hospital les sucede lo mismo, lo que parece indicar que esa pérdida de memoria es consecuencia de la enfermedad.

Sí recuerda haberse encontrado en una circunstancia parecida varias veces, e intuye que la suerte estuvo de su lado, porque, al abrir la puerta, el revisor ya había pasado de largo, pero también recuerda con claridad que en una ocasión no había sido así y había terminado en un Centro de Acogida.

Esta vez no está dispuesta a acabar de esa forma. Tiene un plan, y lo va a llevar a cabo como sea.

Abre la puerta lo justo para asomar la cabeza. Mira hacia su vagón. Nada. Mira al otro lado y... ¡bien!, ahí está el revisor, de espaldas, pidiendo los billetes.

Vuelve a su asiento, pero, al llegar a su altura continúa andando. Atraviesa varios vagones hasta llegar al que busca.

Nada más abrir la puerta le recibe una ráfaga de sonidos hecha de conversaciones, ruido de platos, vasos entrechocando, y el rugido feroz de la cafetera.

A estas horas, casi toda la vida del convoy se concentra ahí. El sitio ideal para pasar inadvertida.

Actúa con la eficacia acostumbrada. Localiza la bandeja de los bocadillos en un extremo de la barra y se acerca a ella. Dos camareros van y viene de un lado a otro, mientras varios clientes se disputan su atención. Cuando está segura de que no la observan, estira la mano y coge uno. Después sale del vagón con la misma naturalidad con la que ha entrado.

Se ha comido el bocadillo con avidez, como si no hubiera cenado en el hospital.

El hospital... Sólo han pasado unas pocas horas y qué lejano queda ya. Pensar que Emma y los demás estarán durmiendo en sus camas, mientras ella viaja en un tren con la intención de visitar a alguien a quien no conoce y que lo más probable es que no tenga ningún interés en recibirla... ¿Qué hará cuando se encuentre delante del doctor? ¿Le dirá: "He venido a verle porque no sé casi nada de mi enfermedad, todo lo contrario que usted", o: "Me escapé de un hospital y me colé en un tren para poder hacerle unas preguntas", o tal vez: "Quería conocerle porque tiene una cara muy simpática"? Las razones no suenan muy convincentes. ¿Y si ha sido un error irse con tanta prisa?

Extravía su mirada en la espesa negrura del otro lado del cristal. Qué extraño saber que, aunque la noche sin luna lo vuelva invisible, hay un mundo ahí fuera. No puede verlo, pero sigue estando ahí, con sus montañas, sus prados y sus vacas, con sus casas llenas de gente que a estas horas estarán hablando de lo que han hecho ese día, de lo que harán al siguiente... Quizá ella es también como el mundo de noche: una niña sin luz que nadie ve; está ahí, delante de todos, se cruza y tropieza con ellos, pero en realidad nadie repara en ella. Y, a diferencia del mundo, si nadie la ve, en poco tiempo dejará de existir. ¿Cuánto tiempo le queda?

—Oye...

Vuelve al tren con un sobresalto. Un señor, de pie en el pasillo, la observa. Más bien la inspecciona: le incomoda su forma de hacerlo, de arriba a abajo, con desconfianza.

—¿Viajas sola?

El tono es frío, acorde con la mirada.

—Nnno.

—¿Con quién viajas?

—Con mi madre.

—¿Y dónde está tu madre?

—Ha ido al baño.

El hombre sigue mirándola unos segundos, deja escapar un "ya" escéptico y se aleja sin despedirse hacia el fondo del vagón, donde le espera un grupo de personas. Ha reparado en que, mientras hablaban, varias personas de ese grupo se volvían para observarles.

Eso no le gusta.

El hombre llega hasta el grupo y, después de una breve conversación, sigue andando hacia el siguiente vagón.

¿Cómo es la frase que ha escuchado en el hospital? “Todavía hay gente que cree que la enfermedad es contagiosa.” ¿Qué es lo que pasa? ¿Saben esas personas que está enferma? ¿Acaso piensan que su enfermedad puede afectarles?

¿Habrá ido ese señor a avisar al revisor?

Instintivamente agarra su mochila.

Un momento, no debe dejarse llevar por el pánico. ¿Y si ha ido al baño, o a la cafetería, o a estirar las piernas? De todas formas, en caso de que así sea, ¿qué problema hay en cambiar de vagón?, aunque sólo sea para salir del ángulo de visión de esos cotillas.

Se levanta y echa a andar con la mayor naturalidad posible. Después de cruzar la puerta que da al descansillo que comunica los vagones, mira hacia atrás.

Y entonces los ve, al fondo, señalándola: el señor y, junto a él, el hombre de la gorra azul con el escudo dorado.

Acelera el paso y atraviesa un vagón, y luego otro. Los dos hombres la siguen, siempre a la misma distancia. Le parece que mientras ella no corra, los otros tampoco lo harán. Atraviesa un tercer vagón pasando entre gente desconocida que lee, conversa o dormita. Lo ignora todo sobre sus vidas, ignora sus conflictos y problemas, desconoce sus miedos, las preocupaciones que les quitan el sueño, pero en ese momento se cambiaría a ciegas por cualquiera de ellos.

Entra en un nuevo vagón, pero este es diferente de los otros. En lugar de filas de asientos a ambos lados del pasillo, hay un corredor a un costado, con ventanas a un lado y puertas al otro. Intenta abrir una de las puertas sin conseguirlo. Prueba con una segunda. Tampoco. Y una tercera, que sí se abre. Dentro, un hombre en pijama lee tumbado en una litera; la mira con desagrado. Cierra y prosigue su huida. Atraviesa otro vagón con puertas y, al llegar al final, sucede lo inevitable.

El tren se ha acabado.

Mira hacia atrás: de un momento a otro aparecerán sus perseguidores. Está atrapada.

Ahora que sus piernas se han detenido, su cabeza se pone en movimiento. ¿Qué hacer? Vamos, piensa, piensa. ¿Abrir la puerta trasera? No, está asegurada. ¿La ventana entonces? Sí, cede, se desliza. ¿Puede sentirse un arrebato de cariño hacia una ventana de tren? Sí, se puede. Ha abierto un hueco lo suficientemente grande para ella. Asoma la cabeza y el repentino azote del aire le advierte con crudeza de la velocidad del convoy.

Los dos hombres ya están al principio del pasillo. Entonces su cabeza envía una orden al cuerpo: ¡Salta!, y cuando el cuerpo se dispone a

cumplirla, sus ojos tropiezan con una caja transparente en la pared que contiene un asa roja.

Dice: PARADA DE EMERGENCIA.

Todo sucede muy rápido. Primero con los puños, luego con los codos, golpea el cristal hasta romperlo, agarra el asa con las dos manos, salta y descarga su peso sobre ella.

Una sacudida violenta la arroja contra la pared del descansillo. Durante los segundos que dura ese chirrido insoportable está segura de que el tren va a descarrilar. Para su sorpresa, la máquina termina por detenerse y todo queda en silencio. Lo que le rodea participa de la esencia quieta de una fotografía: dos hombres tendidos y aturdidos en el suelo del pasillo y, un poco más allá, una solitaria gorra azul con un escudo dorado.

Se encarama a la ventana. Apenas siente la insípida y tibia caricia del aire. Por un instante, para infundirse valor, se imagina en lo alto de su litera. Salto poderoso, aterrizaje elegante... Con un fuerte impulso se arroja en brazos de la oscuridad, confiando en que, a pesar de no verlo, el mundo siga estando en su sitio.

Pero el mundo no está en su sitio.

Ha tensado los músculos para reducir el impacto, y no hay impacto. Sigue cayendo en la oscuridad, mientras el aire muerde su cuerpo.

Cierra los ojos con tanta fuerza que cree que se le van a romper. Le vienen a la cabeza lejanos sueños de infancia en caída libre. Es un muñeco desmadejado, entregado a un destino incierto. Piensa con vertiginosa náusea: ¿Dónde estoy? Luego concluye: Voy a morir.

Y entonces, con una eternidad de retraso, sobreviene el golpe.

Por una parte, es la rotundidad del choque. Por otra, la sobrecogedora evidencia de haber ingresado en un espacio distinto, en el cual se le niega el aire. Sin tiempo para entender, espoleada por el instinto de supervivencia, bracea desesperada y tras unos segundos interminables encuentra lo que busca.

Oxígeno. Se llena de él en rápidas y profundas bocanadas. Una fuerza invisible tira ahora de ella, la arrastra. Las preguntas se agolpan en su cabeza: ¿dónde está y qué le está sucediendo? Mira hacia todas las direcciones intentando descifrar la negrura, y tiene, de pronto, la visión más extraordinaria de su vida: arriba, por encima de su cabeza, en el lugar que habría ocupado la luna de haber sido una noche con luna, se halla suspendida una larga barra luminosa, y de ella parten varios haces de luz que arañan la noche.

De golpe sabe de qué se trata, y ese conocimiento conduce a otro, y éste a otro, y así, en apenas un segundo, completa el rompecabezas de su situación. La barra de luz es el tren. Su tren. Y las luces en movimiento

son linternas que seguramente la están buscando. El tren se ha parado en un puente y ella ha caído a un río, y ahora la corriente la arrastra hacia alguna parte.

"¡Tienes que ponerte a salvo! ¡Hacia un lado, nada hacia un lado!" Sacude brazos y piernas, y aunque sus ojos empiezan a adaptarse a la oscuridad, aún no consigue atisbar la orilla.

Pasados unos segundos deja de sentirse. Se apodera de ella un desaliento invencible, la forma que tiene su cuerpo de decirle: "No puedes más, Rosaura; por mucho que te esfuerces no lo vas a conseguir. Ya has llegado muy lejos, ¿no?, más lejos de lo que habrían llegado la mayoría de los niños de tu edad. Déjalo, has hecho lo que has podido". Y a punto está de rendirse cuando, como un regalo inesperado, sus pies tocan tierra.

Sale del agua gateando. Nada más sentir la firmeza del suelo, el último gramo de energía la abandona.

En mitad de la noche, bajo un cielo atestado de estrellas, se deja caer sobre la hierba, húmeda, dolorida y exhausta.

Pero viva.

2. INICIO DEL VIAJE POR EL REINO DE FUERA

Abrió los ojos. Una luz cegadora le obligó a cerrarlos. Volvió a abrirlos, esta vez con cautela. Poco a poco se fue acostumbrando al torrente de luz y comenzó a distinguir los matices del blanco: la pared encalada, las cortinas, las sábanas, su camisón hecho también de luz restallante.

Se encontraba en la habitación del hospital y, a juzgar por los escasos niños que dormían en sus literas, a una avanzada hora de la mañana.

Se cambió en un santiamén, hizo la cama y saltó al suelo en el momento en que pasaba Mirta.

—Buenos días, perezosa, ¿qué tal has dormido? —dejó caer a su paso la enfermera.

El comedor estaba casi vacío. Desayunó una taza de chocolate y unas galletas. Se sentía aturdida. No recordaba haber dormido jamás con tanta intensidad como esa noche.

Fue al depositar la taza sobre una gran pila de tazas sucias, cuando le vino a la cabeza el sueño. Esto, ya de por sí, era un suceso singular, puesto que casi nunca recordaba con claridad sus sueños, pero, además, este... vaya si lo recordaba. Lo recordaba entero y con todo detalle.

El segundo suceso relacionado con el sueño era aún más singular: una poderosa sensación de realismo emanaba de él. Más que un sueño, parecía una película recién vista. No, incluso esto se quedaba corto; lo que sentía era que eso que había soñado le acababa de suceder de veras. Miró a su alrededor: bien pensado, era francamente extraño encontrarse en el hospital con la ropa seca, en vez de a la orilla de un río en mitad del campo calada hasta los huesos.

La voz de una doctora la sacó de sus meditaciones.

—Rosaura, ¿tú no tenías análisis?

¡Cierto! ¡Lo había olvidado! Pero, un momento, ¿qué es lo que estaba pasando? Eso, exactamente eso —esa misma doctora, esa misma expresión de su cara al verla y esas mismas cinco palabras pronunciadas en ese orden— formaba parte del sueño. ¿No era una coincidencia increíble?

Rosaura recordaba bien la frase del enfermero: "Hola, preciosa, eres la última, ¿qué pasó, te dormiste?". Sintió un cosquilleo en el estómago a medida que se aproximaba al mostrador. Al llegar, el hombre la miró con simpatía.

—Hola, preciosa, eres la última, ¿qué pasó, te dormiste?

Durante el examen en la caja negra no podía pensar en otra cosa. Todo lo que había soñado se estaba cumpliendo punto por punto y, si las cosas seguían así, dentro de poco escucharía accidentalmente una conversación que le haría abandonar el hospital. Recordó de pronto la razón por

la que se había detenido delante de aquel despacho. Se miró el zapato derecho y encontró lo que esperaba encontrar: un cordón desatado.

Salió al pasillo. Vio la puerta entornada y, al detenerse junto a ella, escuchó unas palabras familiares.

Permaneció allí aún a sabiendas de que no oiría nada que no hubiera oído ya: el diálogo de los dos hombres era un calco del diálogo del sueño, palabra por palabra. ¡Qué extraordinario! ¡Era como conocer el futuro! ¡Era como tener poderes! Rosaura, la adivina... Casi hasta daba miedo. De pronto, la excitación se desvaneció; las consecuencias de todo aquello no la entusiasmaban: irse del hospital y colarse en un tren para ir a ver a un tal doctor Bogusky. Una pelota de plomo cayó sobre sus hombros.

Aunque, por otra parte, nada de lo que le estaba pasando era nuevo, podía decir sin equivocarse que ya lo había vivido: la sorpresa al enterarse de por qué estaba enferma, la confusión al saber que sus amigos ya lo sabían, la emoción de la huida..., y cuando las cosas pasan por segunda vez no duelen igual que la primera. "Además, una cosa es cierta: —concluyó—, si eres un poco lista, saber lo que te va a suceder puede servirte de ayuda."

Sintió que la pelota se aligeraba.

—Mirta, ¿has leído "*LA ENFERMEDAD DEL NO PENSADO. HISTORIA DE UN DIAGNÓSTICO*"?

Mirta dejó de arbitrar el partido que se disputaba en el patio y se volvió hacia Rosaura.

—Y tú, ¿de qué conoces ese libro?

Rosaura sonrió. Aquella no era una pregunta, era una respuesta.

Si el libro era real, el doctor Bogusky también lo sería.

Se escapó de noche, unas dos horas más tarde que en el sueño. Esta vez no tenía necesidad de deambular por las calles, tampoco pensaba perseguir al cantor nocturno; sabía adónde ir y a qué hora llegar. Pero antes, se despidió de Emma, quien, como ya preveía, no entendió sus motivos para marcharse, pero aún así le deseó suerte. Dondequiera que aquella aventura la llevase, la echaría de menos. No se atrevió a despedirse del resto; les conocía lo suficiente como para temer que alguno de ellos tuviese la ocurrencia de desbaratar sus planes.

El reloj de la torre marcaba las doce menos veinte cuando Rosaura entró en la estación. El tren plateado esperaba en el andén. Sintió que era a ella a quien esperaba. Lo miró con recelo, temerosa de la idea de acabar la noche de mala manera en mitad de ninguna parte. "Ánimo, Rosaura, esta vez no tiene por qué pasar lo mismo" —se animó —"ahora vas a hacer las cosas bien". Recorrió el convoy hasta llegar al mismo va-

gón que había elegido en el sueño; un grupo bullicioso ocupaba los asientos delanteros. Reconoció una de las caras y se detuvo, incapaz de seguir adelante. Esa misma cara se acababa de girar hacia ella y la estaba mirando. Reprimió el deseo repentino de echar a correr. "Tranquila, tú le conoces a él, pero él a ti, no." El hombre que la había perseguido en sueños apartó su mirada de ella, como si la niña no hubiese sido más que un obstáculo momentáneo en su trayectoria visual. Rosaura siguió caminando. En la parte trasera localizó su asiento, ocultó la mochila debajo y se sentó a esperar.

Por fin, la gorra se acercó, oscilando como un mástil entre un mar de asientos.

Rosaura se levantó y se dirigió al baño. Pasado un tiempo prudencial salió y regresó a su sitio. No pudo evitar una sonrisa complacida: todo estaba saliendo según lo previsto. Ahora podría robar un bocadillo, —tenía hambre y sabía que no tendría ningún problema en hacerse con uno— pero acercarse a la cafetería suponía pasar de nuevo por delante del grupo de delatores, así que en lugar de eso cogió su mochila y se cambió al vagón por el que había visto alejarse la gorra.

Buscaba una pareja de asientos vacíos, pero, al parecer, todo el mundo había tenido la misma idea. Casi todos los viajeros habían rehuido la compañía: viajaban solos y separados lo más posible entre sí. "¿Qué pasa, es que nadie quiere sentarse con nadie?" —se preguntó, irritada. Al menos ella tenía una buena razón: cuanto más lejos estuviera de las personas, más lejos estaría de preguntas indiscretas. Pero ellos, ¿qué excusa tenían?

No. En aquel vagón no iba a encontrar dos butacas libres. Reparó entonces en una mujer que dormitaba con la cabeza apoyada en el cristal. Sin pensarlo dos veces, ocupó el asiento contiguo. Era una buena opción; una persona que duerme es una persona que no habla. Además, se le ocurrió mientras se sentaba, cualquiera que las viera creería que eran madre e hija. Sí, pensándolo bien, aquel sitio era perfecto. Ahora sólo esperaba que el resto del viaje transcurriera sin incidentes. Por una vez en su vida, anhelaba aburrirse.

Durante la hora siguiente, sus esperanzas se vieron colmadas: el dorso de la butaca que tenía delante llegó a convertirse en un espectáculo tan insípido, que para Rosaura fue un verdadero placer depositar su mirada sobre la moqueta; más tarde experimentaría el mismo deleite al mudarse a los fluorescentes del techo y de ahí a la hilera de ventanas negras. Sólo había un inconveniente: aquel tedio colosal provocaba sueño, y ese era un lujo que no podía permitirse. Necesitaba, pues, emociones fuertes. Decidió girar la cabeza y mirar directamente a su compañera de viaje; en aquellas circunstancias un rostro prometía un festín de

sensaciones. La mujer seguía durmiendo, así que su osadía subió un grado: la observó con impunidad. Era muy guapa: la piel suave y blanca, una boca carnosa pintada de rojo, y una melena negra y corta que le otorgaba un aire juvenil. Recorrió sin prisa sus cejas oscuras y perfectamente marcadas, hasta llegar al nacimiento de la nariz. Descendía por ella cuando la mujer abrió los ojos y la vio.

Rosaura desvió la vista con tal brusquedad que se hizo daño en el cuello. Qué estupidez, tenía que aprender a controlar sus reacciones. Había sido un gesto infantil: aquella desconocida pensaría que no era más que una simple cotilla.

Pasados unos segundos, se sintió examinada. ¿O sólo lo estaba imaginando? Se moría de ganas de comprobarlo. Además, necesitaba un gesto que la redimiese de su anterior torpeza: volverse hacia la mujer con naturalidad y aplomo la instalaría de nuevo en el rango de los adultos. Sin embargo, una fuerza inexplicable mantenía sus ojos fijos en el dorso de la butaca.

Así pues, tenía que aceptarlo: se habían cambiado las tornas. La observadora había pasado a ser la observada.

Y así fue por un rato, hasta que empezaron a suceder cosas.

La desconocida se incorporó y se dirigió a ella en un tono amable:

—¿Me dejas?

Recogió las piernas para dejarla pasar. La mujer se alejó pasillo adelante, atravesó el vagón, luego otro, y otro más. Entró en la cafetería y pidió un café muy caliente. Mientras daba lentos sorbos de la taza y aspiraba el agradable aroma, pensaba en la niña que se había sentado a su lado. Compró un bocadillo de jamón y una botella de agua y volvió sobre sus pasos. Al entrar en su compartimento vio al revisor en el pasillo junto a la niña.

Era evidente que la cría se hallaba en un aprieto. Aceleró el paso y aún a unos metros dijo:

—Hola cariño, ¿estás bien?

Ambos la miraron. Notó que la niña vacilaba, como si no estuviera segura de ser ella la destinataria de su pregunta.

—Toma, te he traído un bocadillo.

Al tiempo que se lo daba se volvió hacia el revisor y le dirigió una mirada amable, pero interrogativa.

De pronto, el hombre de la gorra pareció entender:

—Ah, perdone, por un momento creí que la niña viajaba sola. Es usted su madre, ¿verdad?, ya me dijo su hija que se había ido al baño.

La mujer miró a Rosaura.

—Ohh, perdona cariño, te he dejado sola demasiado tiempo, ¿no?, cuando volvía del baño pensé que tendrías hambre y... —se volvió de nuevo al revisor— ... perdone, siento haberle alarmado.

—No pasa nada, —dijo el revisor, pero no se marchó; se quedó quieto, viendo cómo la mujer se sentaba. —¿Ya le he pedido los billetes, verdad?

—Sí, me los pidió antes, pero, si espera un momento, se los enseño otra vez. ¿Me dejas, hija? —Se puso de pie y adoptó una postura forzada mientras intentaba alcanzar el maletero. Por el rabillo del ojo podía constatar que el revisor seguía a la espera. Se volvió hacia él y le mostró su sonrisa más cautivadora.

—No se vaya, no tardo nada. Los puse en la cremallera del otro lado.

El revisor la observó forcejear un par de segundos más y luego cambió de idea:

—Déjelo, está bien, que tengan buen viaje.

Mientras se sentaba, la mujer miró a Rosaura con alivio y complicidad.

—Uff, por los pelos, porque tú no tienes billete, ¿a que no?

Rosaura negó con la cabeza, un poco cohibida. El aplomo de su compañera de asiento la había desarmado.

—Ni viajas con tu madre.

—Mi madre está enferma.

—Y, ¿adónde vas?

—A Lasislave, a ver a mi tío.

—¿Tu tío sabe que viajas sola y sin billete?

—No.

—Ya, y ¿cómo se llama tu tío?

—Óskar Bogusky.

Nada más decirlo se dio cuenta de que había metido la pata; la mujer la miraba con los ojos exageradamente abiertos.

—¿¡Óskar Bogusky!? ¿¡El científico!?

—Sí —sostuvo, ya era tarde para dar marcha atrás

—¡Qué casualidad más grande! Yo soy muy amiga suya.

Rosaura la miró confundida. ¿Le estaba tomando el pelo o de verdad era una coincidencia?

—¡Qué raro! Nunca me dijo que tuviera una sobrina. Y de habérmelo dicho yo no le hubiera creído: Óskar no tiene hermanos. Y si no tiene hermanos, ¿cómo va a tener sobrinas? Claro que a lo mejor tú puedes aclararme este misterio.

Existían dos posibilidades. Que de verdad fuese amiga del doctor Bogusky, en cuyo caso ya sabría que estaba mintiendo, o que fuese un farol, en cuyo caso lo mejor era seguir mintiendo.

—Tiene una hermana, todos los que le conocen lo saben.

—¿Sí? Y, dime, ¿dónde vive?

—¿El doctor Bogusky?

—Le tratas con mucha deferencia para ser tu tío.

Acababa de volver a meter la pata. Empezó a ponerse roja.

—Tranquila —la mujer esbozó una sonrisa apaciguadora, y Rosaura se vio a sí misma como un objeto delicado al que conviene manejar con cautela para que no se rompa— no te avergüences. Yo miento todos los días —dijo en tono confidencial—. Cuando me cruzo con mi vecina en el portal y me pregunta por cortesía qué tal estoy, le digo por cortesía que bien aunque me encuentre mal; ¿sabes?, en el fondo creo que ella prefiere que no le diga la verdad. Miento a mis sobrinos con lo de los Reyes Magos y el ratoncito Pérez. Y a mis padres, si sé que así les evito un disgusto. Una vez mentí a un amigo diciéndole que se curaría cuando sabía que se iba a morir. Mi amigo necesitaba vivir y yo no podía darle lo que quería, así que le di aquella mentira. Y si no llego a mentirle al revisor, tú te hubieras metido en un lío.

La mujer se recostó en el asiento.

—Además, también te he mentido a ti al decirte que conozco al doctor Bogusky. Pero no me arrepiento de ninguna de esas mentiras. Es más, estoy orgullosa de ellas. Creo que me hacen más humana y me diferencian un poco más de las máquinas. Las máquinas nunca mienten, como mucho se equivocan. ¿Tú quieres parecerte a una máquina?

Rosaura movió la cabeza para negar.

—Yo tampoco. Lo único que me pregunto cada vez que voy a mentir es por qué lo voy a hacer. Eso es lo que cuenta. Así pues, bienvenida al Club de los Embustes. Nuestro lema es: "¡Vivan las trolas! La vida sin ellas sería implacable".

—Me he escapado de un hospital —soltó Rosaura, como quien se quita un bicho repugnante de encima.

—Bueno, tendrías tus buenas razones. Hace años yo me escapé del colegio, y ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Si volviera a nacer, me escaparía de nuevo.

Sus últimas reservas se derrumbaron. Empezó a hablar, y ya no pudo parar; las palabras acudían sin reticencia a su boca, y cada palabra iba unida a otra y a otra y a otra, como las cuentas de un collar larguísimo. La mujer permanecía atenta, y sólo de tanto en tanto despegaba los labios para subrayar alguna de sus frases: "¡saliste por la ventana!", "el libro en el escaparate", "te has escondido en el baño"... Había algo en su manera de escucharla que la hacía diferente al resto. Hay gente que es sincera cuando habla. Ella, cómo lo diría..., era sincera escuchando. La concentración con que la miraba, el interés con que seguía cada una de sus palabras. La hacía sentirse alguien digno de ser tenido en cuenta. Si no le contó lo del sueño premonitorio fue para que no pensara que le estaba mintiendo de nuevo, o peor, que estaba mal de la cabeza. Lo último que deseaba en ese momento era defraudarla.

Cuando terminó de hablar, la mujer se quedó un rato en silencio.

—¿Sabes que hace falta coraje para hacer lo que has hecho?

Rosaura no sabía qué decir.

—Eres una chica valiente.

¿Valiente? ¿Pero si desde que se había ido del hospital no sentía otra cosa que miedo?

—¿Y tus padres?

—No tengo padres, no los conozco.

—¿No tienes o no los conoces?

—Cuando nací, me abandonaron.

—Y eso, ¿cómo lo sabes?

—Lo sé. Me dijeron que se habían muerto en un accidente, pero si los niños que se quedan sin padres se van a vivir con sus familias, ¿por qué yo me fui a vivir a un orfanato?

—Bueno, puede que muriesen y no tuvieses familia adonde ir.

No había pensado nunca en esa posibilidad.

—¿Siempre has vivido en el orfanato?

—Hasta que me escapé.

—¿También te escapaste del orfanato? Veo que eres una experta en fugas. ¿Y adónde fuiste?

—A otra ciudad.

—¿Y se puede saber dónde dormías?

—Por ahí.

—¿Y la comida?

—Hay mucha en los supermercados.

—¿En los supermercados? Pero, eso no puede ser. Quiero decir, uno no puede estar comiendo siempre en los supermercados.

—¿Por qué no?

—No sé, al final te conocerían, no te dejarían entrar, ¿no?

—Cuando no me dejaban entrar en uno, me iba a otro; y cuando no me dejaban entrar en ninguno, me iba a otra ciudad.

—¿Cómo?

—En un tren.

—¿Como ahora? Vaya, también eres una experta en viajar de gorra. Y así has andado hasta que te desmayaste y te llevaron al hospital.

—Más o menos.

—¿Y por qué quieres ver al doctor Bogusky?

—Para que me cure.

—Pero para eso no necesitas al doctor Bogusky. Además, por desgracia no eres la única persona que piensa lo mismo; el doctor se ha hecho famoso con su descubrimiento y el lugar donde trabaja está más protegido que un búnker.

—¿Un qué?

—Un búnker. Es un sitio en el que es casi imposible entrar.

Volvió a sentir frío en los pies. Si no podía ver al doctor Bogusky, ¿para qué había subido a ese tren?

—Se me está ocurriendo una cosa... —dijo la mujer, que parecía estar ordenando sus pensamientos—. Vivo sola en Lasislave, podrías venir a pasar unos días conmigo.

Rosaura la miró alucinada.

—Y luego... si tú quieres y las dos estamos a gusto..., bueno..., te podrías quedar todo el tiempo que quisieras, conozco a alguien en Adopciones y creo que se podría arreglar. ¿Qué te parece?, a las dos nos vendría bien un poco de compañía, ¿no?

¿Era cierto lo que acababa de oír? ¿Le estaba animando a irse a vivir con ella? Debía de estar soñando, sí, últimamente sus sueños eran muy reales. De un momento a otro despertaría de nuevo en su litera del hospital.

En el rostro de la mujer se fue dibujando una sonrisa. Cogió las manos de la niña y las apretó con suavidad. Las manos de Rosaura se dejaron envolver por las de ella, como dos pajaritos que se guarecen dentro de un nido en pleno invierno.

—No hace falta que digas nada, tu cara es muy elocuente.

Lo más sorprendente de todo es que aquella mujer parecía feliz con la perspectiva de que se fuera a vivir con ella.

—Por cierto, ahora que vamos a ser tan amigas, va siendo hora de presentarnos. Me llamo Mae , ¿y tú?

—Ros... —un bostezo la dejó a medias— ... aura.

—Pero, cariño, debes estar molida después de tantas emociones. Ven, siéntate aquí y apoya la cabeza en la ventana. Aún faltan tres horas para llegar, tienes tiempo de echar una buena cabezada. Eso sí, no te creas que por dormirte te vas a librar de mí. Luego te toca escuchar mi vida. Toma.

Cogió la almohada que le ofrecía, se acomodó y cerró los ojos. A los pocos segundos los volvió a abrir. Mae no se había ido; seguía allí, a su lado, vigilando su sueño. ¿Era ella la persona que había salido a buscar, por quien se había fugado del hospital? Bueno, si así era, al final el viaje no había sido tan largo.

Tracatrah, tracatrah, tracatrah. Rosaura se iba hundiendo en el sueño, y mientras lo hacía, una cosa sentía por encima de todo: gratitud. Hacia Emma, hacia Mirta, hacia Mae, hacia esa parte del mundo que no le daba la espalda ni la trataba con desdén. El tren seguía avanzando hacia alguna parte. Que siguiese. Fuese cual fuese su destino, ella ya había llegado.

Así se durmió. Y empezó a soñar.